

y tan llorada: ¡el Infinito!... Asistir á esta evolución del más grande de nuestros poetas actuales, y también sin disputa alguna del tercer poeta europeo de la hora presente, *junto con* y no *después de* Gabriel D'Annunzio y Francis Jammes ó Emilio Verhaeren, á escoger — ha sido uno de los espectáculos más nobles é instructivos para las almas unguidas con esa virtud que se va; la admiración... Le hemos visto recogerse en sí, auscultarse como se ausculta «el corazón de la noche», según una bella frase suya — ¡y el propio corazón, en el recogimiento de la noche!... Le hemos visto estudiar la orografía de su mundo interior para regalarnos con la descripción de sus elevadas cimas mentales, de sus dulces y tibios valles morales, de sus desbordantes ríos de pasión, de sus arroyuelos mansos de ternura... Le hemos visto exponernos, en un lirismo que hasta ahora nos había sido ignorado por su vehemencia y por su exaltación, el trágico conflicto eterno, el drama humano, el desgarrador dualismo, el choque de las dos tendencias, pagana y cristiana. Oidle cómo se mueven las alas, ¡oh hechizo!, subiendo hacia el cielo del Arte por la noble y tornasolada escala lírica que, apoyando su base en la tierra, se pierde entre arreboladas nubes llenas de celestial lumbré y encanto. Escuchad estas estrofas que os sonarán á cadencia no oída en la lírica castellana:

¡Divina Psiquis, dulce mariposa invisible  
que desde los abismos has venido á ser todo  
lo que en mí ser turbado y en mi cuerpo sensible  
forma la chispa sacra de la estatua de lodo!

Te asomas por mis ojos á la luz de la tierra  
y prisionera vives en mí de extraño dueño:  
te reducen á esclava los sentidos en guerra  
y apenas vagas libre por el jardín del sueño.

Sabia de la Lujuria que sabe antiguas ciencias,  
te sacudes á veces entre imposibles muros,

y más allá de todas las vulgares conciencias  
exploras los recodos más terribles y oscuros.

Y encuentras sombra y duelo. Que sombra y duelo encuentres  
bajo la viña en donde nace el vino del Diablo.  
Te posas en los senos, te posas en los vientres,  
que hicieron á Juan loco é hicieron cuerdo á Pablo.

A Juan virgen y á Pablo militar y violento,  
á Juan, que nunca supo del supremo contacto;  
á Pablo tempestuoso, que halló á Cristo en el viento,  
y á Juan, ante quien Hugo se queda estupefacto.

Entre la catedral y las ruinas paganas  
vuelas, ¡oh Psiquis, oh alma mía!  
— como decía

aquel celeste Edgardo  
que entró en el Paraíso entre un son de campanas  
y un perfume de nardo —;  
entre la catedral

y las paganas ruinas  
repartes tus dos alas de cristal,  
tus dos alas divinas,  
y de la flor  
que el ruiseñor

canta en su griego antiguo, de la rosa  
vuelas, ¡oh Mariposa!,  
á posarte en un clavo de Nuestro Señor... (1).

Después de leer tan encantadoras y sugestivas estrofas, queda uno, en verdad, conturbado y sin voz: todas las grandes emociones enmudecen, las artísticas como las vitales. Hay que reflexionar cuánto caudal de vida y de pensamiento es menester almacenar dentro de sí para llegar á estas meditaciones líricas sin antecedentes y sin igual. Cada época tiene los poetas que se merece, podría decirse con más ra-

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, XIII, páginas 105 y 106.

zón que de los desdichados políticos ha dicho un publicista español. No es, pues, la nuestra tan vil, tan decadente, tan innoble y tan grosera como se la ha querido representar, cuando merece tener un poeta tan grande como Rubén Darío. Rubén Darío es toda nuestra época; toda la lira de nuestra época. Ha cantado nuestras inquietudes, nuestros desasosiegos, nuestras turbaciones, nuestros dolores, nuestros males. Ha cantado nuestro «mal de siglo», no con la diagnóstica precisión de un Nordau ni con la prognosis agorera de los embaucadores apóstoles, que actualmente ejercen con tanto provecho su «pistonada carrera», como él mismo ha dicho con certera y á la vez expresiva frase, tomada al vulgo (1). Ha estudiado todos nuestros dolores, y ha puesto también de relieve todos nuestros encantos. Le debemos admiración; es un espejo; como todo espejo, es un misterio; como todo misterio, es una transfiguración; es una gloria. ¡Oh encanto de todo el lirismo humano!... La grandeza está en sentirse alto sobre la multitud, palpitando al unísono con ella. La sublimidad está en conocerse con los mismos sentimientos de todos y saber expresarlos con noble forma. Lo hermoso es ser poeta y ser humano. ¡Lejos de nosotros—parece decirnos el gran maestro con su viva enseñanza—, lejos de nosotros este tipo casi abyecto del literato á lo Goncourt, del que, según Heine, debía ser el Cristo crucificado psíquico de su misma literatura!... Lejos de nosotros esa disociación de la vida y del arte que convierte á los literatos en seres agrios, escépticos, insolventes. Lejos la literatura, si por literatura se entiende un mercantilismo que encanalla... En el comentario á la *Pequeña ópera lírica*, de Blanco Fombona, él nos aconseja con unguidas frases de pontífice del lenguaje: «Por qué te habías de dejar contagiar, ¡oh amigo

(1) *Opiniones*, 217.—Madrid, 1906.

de Benvenuto y de Lorenzo!, por el rebajamiento de las aspiraciones, por la humillación ante su propia conciencia, por las *petites saletés* del literaturismo industrial que privan en las bajas regiones de la mentalidad parisiense, ó, mejor dicho, bulevardera? Si caes, tanto peor para ti, y rompe antes tus relaciones epistolares con la Primavera, y encógete de hombros ante los pañuelos blancos que dicen adiós» (1). Y en una potente estrofa de la primera composición de los *Cantos de vida y esperanza*, aun es más vibrante y más noble y más franca y más lírica la confesión de antiliteratismo y de sinceridad:

Todo ansia, todo ardor, sensación pura  
y vigor natural; y sin falsía,  
y sin comedia y sin literatura...  
si hay un alma sincera, esa es la mía.

Si todos los artistas oyesen esta voz, ¡qué nobles caminos emprendería la vida del Arte! ¡Cómo sentiríamos entonces la grandeza de nuestra misión más bien que la importancia semiburocrática de nuestro oficio!... Porque así sienten en gran parte los artistas del día: su profesión les interesa más que su noble transcendencia al mundo de las ideas. Por eso sólo pueden ser ó excéntricos ó mercantiles. Algunos han oído que la *turris aburnea* es la habitación obligada de todo artista; en este recinto asfixiante no se sintieron ahogar ni tuvieron esa *hambre de espacio y sed de cielo* que había de sentir toda alma grande y lírica:

La torre de marfil tentó mi anhelo;  
quise encerrarme dentro de mí mismo,  
y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
desde las sombras de mi propio abismo (2).

(1) *Tierras solares*, 190 y 191.

(2) *Cantos de vida y esperanza*, I, 13.

Y en otra estrofa de la misma composición aun expresa su sentir con más bella y más lapidaria frase :

Tal fué mi intento, hacer del alma pura  
mía una estrella, una fuente sonora,  
con el horror de la literatura  
y loco de crepúsculo y de aurora.

¿Se ha dicho acaso alguna vez, con sintetización más ardua, el encanto de todo lo vital? «Sólo amo lo que está escrito con sangre», ha dicho Nietzsche. (Y ésta es una de las pocas cosas que ha dicho buenas: como que Nietzsche sólo es utilizable en cuanto artista, que tiene á veces geniales y ciertos atisbos estéticos, en cuanto fraseólogo, y nunca como filósofo, pues una filosofía es ante todo un sistema, lo cual no quita invalidez á su relieve artístico, como ocurrió en Schopenhauer, que siendo un buen prosista y un gran decidor de frases, no perdió su condición de filósofo creador y sistematizante; mientras que Nietzsche rehusó siempre toda sistematización.) — Con sangre y no con tinta debe escribir todo artista que se respete; con sangre se han escrito todas las bellas cosas del mundo; con sangre de las venas ó con sangre mental del cerebro; se debe ser escritor visceral y no especie de anfibio, jibión inmundo, como el que nos ha descrito Unamuno en su discurso último (1), que arroja tinta cuando el enemigo le ataca, turbando la claridad serena del agua con una negra y líquida nube, hija de la astucia y de la villanía de espíritu; pues el escritor-calamar, en cuanto arroja tinta y no sangre, sigue una ley del artificio (ni siquiera

(1) Último en la época en que esto se escribió; en el discurso del Teatro de la Zarzuela. Ahora ha pronunciado ya muchos más; porque en Unamuno esto de echar discursos es el cuento de nunca acabar.

del Arte) y no de la Naturaleza, en contra de lo que dijo el noble y antiguo poeta Claudiano, hablando de aquellos pescados (*De Sæpia*):

*Natura juvat ipsa dolis et conscia sortis  
utilitur ingenio...*

Rubén Darío, en esta primera composición de los *Cantos de vida y esperanza*, que es una verdadera confesión é imprecación á todos los poderes celestiales para que hagan llover la gracia sobre los poetas, resume su credo dentro de una maravillosa estrofa, que aún se lee con amor después de haber meditado aquellas otras en que hablaba del *horror de la literatura* y de otras cosas magníficas magníficamente tratadas. Esta estrofa dice así, en términos precisos y de una sencillez clásica :

Por eso ser sincero es ser potente.  
De desnuda que está brilla la estrella;  
el agua dice el alma de la fuente  
en la voz de cristal que fluye d'ella (1).

Y más adelante, al final, sintiéndose altamente lírico, aun exclama con noble efusión, no dando consejos, sino mostrando su alma; un alma en la que debiera verse retratada la de todo gran poeta :

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte,  
¡y hacia Belén... la caravana pasa!

\*  
\* \*

(1) *Cantos de vida y esperanza*, 16.

San Ambrosio llamaba á las doctrinas dañosas de ricos y fecundos ingenios riquezas de pecadores (*divitias peccatorum*). Si fuésemos á juzgar con tanta severidad, riqueza de pecado y tesoro de corruptela y veneno dentro de vaso áureo y espuma de fermento de malicia sobre esmerilada y argentina copa habríamos de llamar, siguiendo nuestros nativos impulsos, al paganismo que inficiona ciertos pasajes de la obra de Rubén Darío. Por ejemplo, nunca protestaremos con bastante fuerza contra la profesión de fe pagana y el credo donisiaco [digno calco de la inmunda especulación de Nietzsche, espíritu cobarde y regresivo que se atascó en la visión greco-pagana de la vida (1)] que inculca el final de

(1) Cualquiera diría que había olvidado una de sus más festivas paradojas, una de esas chispeantes salidas, á manera de cohetes, que hacen el encanto de los literatos en la época de su dentición—como los sonajeros deleitan y regocijan á los niños en el período de la lactancia, aunque más tarde se llegue á comprender que sonajeros y paradojas son de bien escaso valor intrínseco y sólo proporcionan placer por la algarabía que con ellos mueven los respetables papás. «A fuerza de querer investigar orígenes—escribe en alguna parte (*El Crepúsculo de los ídolos; Máximas y punzadas*— ||su título delata su esencia!—, § 24)— se convierte uno en cangrejo. El historiador ve hacia atrás; acaba por *creer* hacia atrás.» Comentando esta frase, aunque sin reproducirla íntegramente, un culto y joven crítico, de intensa mentalidad, que después ha permanecido callado mucho tiempo, José Cuartero, escribía en el segundo número de *La Crítica*, excelente revista literaria y científica por él fundada, de un carácter hasta ahora desconocido en España; escribía estas certeras palabras: «Es el caso de Nietzsche; su *cangrejismo* de helenófilo. La Historia es la escuela de la revolución, porque es el espejo de la vida, fatalmente revolucionaria. La Historia ha suministrado el material destructor de las religiones y de las instituciones. En el estudio de la Historia se han hecho los grandes revolucionarios Volney, Rousseau, Proudhon; aun los que llevaban el prejuicio religioso: Voltaire, Renán. Pero

*Peregrinaciones*, quizás la más bella obra de prosa de Rubén Darío, después de *Los Raros*. Á bien que aún no había escrito la hermosa frase: «pero yo siempre creyendo en Jesús Santo...» Afortunadamente, las doctrinas paganas no impearán mientras haya dos pedazos de leño que puedan trabarse en forma de cruz, según la expresión lapidaria de Rodó en su *Ariel*; mas no por eso es menos sensible la intención que informa estas tendencias novo-helénicas. Rubén Darío se ha olvidado por un momento de esto; él, que lo ha recordado en tantos momentos de su vida. El casto y suave nimbo de luz que dora la frente de Jesús Santo se ha borrado ante el fastuoso y altanero foco de rayos del luminoso Jove. Pero los espíritus que han vivido mucho dentro de sí y en un rincón oculto del alma llevan erigida una estatuita á la diosa Humildad, no se dejan cegar por ese deslumbramiento seudofebeo de la Grecia madre y buscan un refugio bajo los tibios y apacibles rayos que irradian de la frente del Nazareno. Nuestro gran poeta ha debido sentir esto perfectamente, aunque alguna vez lo haya olvidado. Hoy, reingresando en sí, debe pensar acorde conmigo. — Ahora, oid este maravilloso trozo de prosa castellana, describiendo el ambiente de Nápoles, de lo más torneado y completo que ha hecho el poeta de *Azul*: «Y un poeta me dijo: — Una peregrinación se impone aun después del beso placentero que la mirada envía á todo ese paisaje pintado por los afables dioses: vamos á rezar un hexámetro á la tumba de Virgilio, situada sobre la vertiente de la gruta del Pansilipo, y después á seguir respirando paganismo en la hirviente ciu-

sin ser abstruso, el complejo de la Historia, con las obscuridades y contradicciones aparentes de su ley, sólo es accesible á una inteligencia robusta. El juicio débil se atasca en una visión parcial, como el de Nietzsche, atascado en la visión de Grecia.»

dad; paganismo, desde luego, en el Museo borbónico, que encierra toda la resurrección pompeyana: vasos, ánforas, lacrimatorios, tinteros, estiletes, lámparas, candelabros, buclíneos, spéculums, en cuya agua muerta parecen aun flotar, como extraños lotos, los rostros de las patricias que en ella se contemplaron; paganismo en las vías resonantes de una muchedumbre que parece hiperestesiada por la vida que la absorbe á enormes tragos, que tiene á Dionisio en los labios y á San Jenaro en el corazón, invirtiendo frecuentemente los nombres. He aquí á la bien amada de Lúculo, de Mario, de Pompeyo y de Plinio, que la reconocieran en su tocado y en su risa... He aquí á la reina de las divinas galeras, ataviada como para recibir los marfiles de Cartago. He aquí á la novia de César, coronada de mirtos. Jove Capitolino extiende aún hasta este refugio de delicias la piedad de su sombra; los dioses resucitan diariamente al surgir, como una discreta apoteosis, la aurora sobre la mansedumbre especular del golfo. Se comprende aquí la resistencia al cristianismo, la taimada protesta del meridional, epicúreo y jovial, á una ley de tristeza y de mortificación; un Dios nuevo, *¿à quoi bon?*, ¿si los viejos no han dejado de ser buenos? ¿Vale este doliente hombre coronado de espinas por aquellos radiantes silenos coronados de parra? ¿Qué papel puede desempeñar la Providencia cristiana en un pueblo que mendiga el azar? ¿Á qué pensar en las delicias de una gloria cuyo precio es la oblación y el martirio, cuando hasta nosotros llegan los alientos aromatizados de Misena, de Cumas, de Baya, caras á Nerón, de Prócida y de Ischia? ¿Por ventura ese cielo que promete el Crucificado será más azul que el cielo del Mediodía? ¿Las delicias de ese emíreo nuevo, igualan al beso que al incendiarse las púrpuras de la tarde pone el pescador en la boca de la pálida pescadora? ¿Los ángeles tienen acaso los inmensos ojos luminosos de estas mujeres

doctoras del amor? ¡La tortura, el martirio!, ¿para qué, si la vida está llena de sol, si huelen tan bien las flores de los naranjos y el obscuro vino tiene aún el secreto de las risas de los dioses? Y Cristo tendió mucho tiempo sus brazos hacia esta otra Jerusalén de placer y quiso ampararla bajo sus alas, como la gallina á sus polluelos, pero la Jerusalén del placer era esquiva y levantisca. Vanamente se extendieron esos brazos mucho tiempo, y, al fin, la bacante cayó en ellos. Pero siguió su danza loca y su loca risa; cambió sólo la letra de la tarantela; se juraba por Cristo, pero se seguía jurando por Baco, y la superstición reemplazaba á las pitonisas, y la sangre hirviente de San Jenaro á la hirviente espuma de la sibila de Cumas... Esto que pasaba en el reinado de Constantino el Grande, lo propio que en el reinado de Nerón, pasa aún bajo el poder de Víctor Manuel III. La impenitente grita y ríe en mi rededor como en las saturnales; nada ha cambiado; la cruz abre estérilmente sus brazos sobre la penne apostasía de las vidas; Cephas no ha podido asentar sus sillares al borde del golfo que vió las sirenas, y los Olímpicos llamean y detonan como dueños absolutos sobre la conflagración perpetua del Vesubio... Nápoles está por Zeus contra el Cristo» (1).

Esta visión de la Italia pagana le obsesiona á lo largo de su peregrinación encantadora. Ante el *Juicio Final* de Miguel Ángel piensa: «Por el camino de ese cuadro se va mejor á Atenas que á Jerusalén; esas dos ó trescientas figuras que ensayan actitudes, no sugieren el *miserere mei*, sino el himno á Phoibos Apollon. Él está más cerca del nevado Olimpo que del trágico Josafat; más cerca de la gloria del músculo que del aleteo medroso de la plegaria» (2). Y al entrar en

(1) *Peregrinaciones*, págs. 264, 265, 266 y 267.

(2) *Ibidem*, 262.

ese Nápoles que con tal exuberancia de visión artística se impone á su alma de poeta con sedimento colorista y parnasiano, exclama extasiado: «Nada recuerda aquí el madero del Nazareno, nada su religión de angustia; este sol que en pleno otoño tuesta las rosas de Festum, las cuales dos veces florecen al año, es el mismo sol jovial que doraba la frente de Séneca» (1). Rodó ha dicho de esta tendencia griega en Rubén Darío: «No es ya la Grecia de parnasianos y romanistas la que surge, sino sencillamente la que apareció bajo el sol de Italia cuando Pericles revivía en el avatar de los Médicis. Esos sonoros versos tienen todo el aire de la poesía del renacimiento italiano y español; de la poesía de Sannazaro, de Garcilaso, de Fray Luis, tal como probó á rejuvenecerla en la España de nuestro tiempo el formidable batallador que ha evocado en los endecasílabos de la *Epístola á Horacio* el himno de triunfo de los humanistas de Salamanca y de Sevilla» (2).

En suma: ¿no queda ningún residuo de tendencia cristiana en Rubén Darío? ¡Ah, sí!, y largamente; y toda la Grecia de Pericles, y el Trianón, y los folletos de Lavisse, no han matado en él el hondo sedimento cristiano. Un dualismo interior le caracteriza, que encanta por su ingenuidad. Podría aplicarse á sí mismo los versos que ha ofrecido á Verlaine el Capripede, como una vez le llama en el *Responso*, de gracil metrificación, donde la trunca hemiestrofa final monosilábica tiene un encanto alado que detiene la atención y hace fijarse la emoción en el contraste con las amplias estrofas anteriores de catorce sílabas:

De noche, en la montaña, en la negra montaña

(1) *Peregrinaciones*, 263.

(2) *Prosas profanas*; Estudio preliminar, 35.

de las Visiones, pase gigante sombra extraña,  
sombra de un Sátiro espectral;  
que ella al Centauro adusto con su grandeza asuste;  
de una extrahumana flauta la melodía ajuste  
á la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;  
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz;  
y el Sátiro contemple sobre un lejano monte  
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
y su resplandor sobre la cruz (1).

¡El Sátiro y la Cruz!... He aquí dos representaciones alegóricas que continuamente asedian la imaginación de nuestro poeta. ¡El Sátiro y la Cruz! Es decir, dos mitologías, dos religiones, dos concepciones del mundo. En verdad que admira, sorprende y arrebató esta fusión en un solo hombre de los dos grandes sentimientos que han encauzado á la humanidad por dos derroteros paralelos; siempre mirándose frente á frente, pero siempre entre sí hoscos, ceñudos y adversos, estos dos sentimientos jamás han llegado á confluir; jamás se encontraron en un bivio de bifurcación, en una encrucijada donde se opriman la mano, cariñosamente saludándose, como dos viandantes que van de peregrinación y juntan sus meriendas, sus manos, sus anhelos y sus canciones para amenizar y acortar el camino...; ¡la *chanson raccourcit la route!*, como dice el lindo y viejo adagio francés. Jamás se han encontrado este Sátiro fornicatorio, cuyos ojos «chispean turbados», para decirlo con frase de nuestro poeta, á la menor visión de rosada pierna ó de aterciopelada garganta, adivinadas antes que entrevistas, y este Nazareno pálido y morado, con irrisoria corona de espinas, desgarrada

(1) *Prosas profanas*, 122.

túnica, ensangrentados miembros y heridas plantas de los pies... Sólo una amplia fantasía, como es la de nuestro gran poeta lírico actual, podía juntar estas dos figuras en un abrazo de compenetración. Y eso es más de admirar y de glorificar en quien tan intensamente siente el mundo helénico, en quien ha cantado con sintético lirismo el sensualismo cósmico, glorificado exclusivamente por la civilización helénica, con su concepción satisfecha y gozosa del mundo, y en quien ha dicho en el *Coloquio de los Centauros* :

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe,  
 en el Centauro el bruto la vida humana absorbe,  
 el sátiro es la selva sagrada, y la lujuria  
 une sexuales ímpetus á la armoniosa furia.  
 Pan junta la soberbia de la montaña agreste  
 al ritmo de la grave mecánica celeste;  
 la boca melodiosa que atrae en Sirenusa  
 es de la fiera alada y es de la suave musa;  
 con la bicorne bestia Pasifae se ayunta,  
 Naturaleza sabia formas diversas junta,  
 y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,  
 el monstruo, siendo símbolo, se viste de belleza (1).

Está repleto de una intensa visión de las cosas vitales este poeta tan espiritualista. Ordena amar la vida en su clara realidad, y en *Programa matinal* nos ha dado con exaltado lirismo y suelta versificación un verdadero programa de poeta. Oidle :

¡Claras horas de la mañana  
 en que mil clarines de oro  
 dicen la divina diana!  
 Salve al celeste Sol sonoro.

(1) *Prosas profanas*, 95.

En la angustia de la ignorancia  
 de lo porvenir saludemos  
 la barca llena de fragancia  
 que tiene de marfil los remos.

¡Epicúreos ó soñadores,  
 amemos la gloriosa Vida,  
 siempre coronados de flores  
 y siempre la antorcha encendida!

Exprimamos de los racimos  
 de nuestra vida transitoria  
 los placeres por que vivimos  
 y los champañas de la gloria.

Devanemos de Amor los hilos,  
 hagamos, porque es bello, el bien,  
 y después durmamos tranquilos  
 y por siempre jamás. Amén (1).

En verdad que esto es un poco epicúreo y demasiado... ¿cómo decirlo?, griego, y que no parece entrar muy bien ni concordar con el espíritu cristiano que informa cierta parte de la obra de este maravilloso poeta. Nadie diría que quien da ese programa de vida epicúrea y gozosa, de placer por el placer, de apurar el goce hasta que la espuma rebosa sobre el vaso; quien parece haber puesto en noble lenguaje lírico el precepto nada edificante de los antiguos epicúreos, repetido siglos más tarde por los estudiantes de las Universidades alemanas, de cuyos «estúpidos duelos universitarios» y de «los aún más estúpidos trasegamientos obligatorios de cerveza» (2) nos ha hablado nuestro poeta en un trabajo de prosa: «*Manducemus et bibamus; cras enim moriemur*»; nadie diría que este alto y siempre espiritualista poeta que, á

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, XXXIV, páginas 153 y 154.

(2) *La Caravana pasa*, lib. IV, V., 235.

pesar de confesiones como ésta, jamás ha podido patullar entre el cieno y siempre ha sentido

... los azoramientos del cisne entre los charcos,

para expresarlo con una fuerte estrofa inolvidable del más bello poema suyo quizás; del más hermoso que han leído mucho tiempo ha cuantos se interesan por manifestaciones literarias algo elevadas sobre las fabulillas á lo Iriarte y los juguetes rimados á lo Banville; — nadie diría, en fin, que este poeta, que nunca se empocilga en el fétido lodo, pero que á veces lo intenta hozar con sus *manos de marqués*, haya sido el mismo que ha cantado la gloria del cristianismo, no ya como concepción del mundo, sino como religión restrictiva y escueta, y la gloria de uno de sus más esclarecidos héroes en un poema de tan levantados alientos como *Charitas*. Voy á transcribirlo íntegramente para que comprendáis cómo este poeta ha sentido la grandeza y hermosura del cristianismo como doctrina altamente humana y, por lo tanto, de encanto inalienable y perdurable, sino hasta en su liturgia, es decir, en la parte que aun píos creyentes creen mutable, formularia, accidental y pasajera. *Deus est charitas*, había dicho San Juan. Dios es caridad; Dios es amor; la Caridad es el amor en su supremo grado; es el amor extendido á todos. Un poeta, un artista, un creador, todo aquel que es el reflejo más vivo y la imagen más aproximada del Ser Supremo; todo aquel que por el don de la inteligencia ha venido á ser un Dios sobre la tierra, debe sentir arder en sí más intensamente que otro alguno esta llama de fuego divino, que es la Caridad. Ved cómo un gran poeta de nuestra época que, á pesar de la biblioteca Aleán y de los automóviles eléctricos, ha conservado el residuo cristiano, siente la caridad y la canta en versos encendidos:

Á Vicente de Paul, nuestro Rey Cristo  
con dulce lengua dice:

— Hijo mío, tus labios  
dignos son de imprimirse  
en la herida que el ciego  
en mi costado abrió. Tu amor sublime  
tiene sublime premio: asciende y goza  
del alto galardón que conseguiste. —

El alma de Vicente llega al coro  
de los alados Ángeles que al triste  
mortal custodian; eran más brillantes  
que los celestes astros. Cristo: — Sigue,  
dijo, el amado espíritu del Santo.

Ve entonces la región en donde existen  
los augustos Arcángeles, zodiaco  
de diamantina nieve, indestructibles  
ejércitos de luz y mensajeras  
castas palomas ó águilas insignes.

Luego la majestad esplendorosa  
del coro de los Príncipes,  
que las divinas órdenes realizan  
y en el humano espíritu presiden;  
el coro de las altas Potestades  
que al torrente infernal levantan diques;  
el coro de las místicas Virtudes,  
las huellas de los mártires  
y las intactas manos de las vírgenes;  
el coro prestigioso  
de las Dominaciones que dirigen  
nuestras almas al bien, y el coro excelso  
de los Tronos insignes,  
que del Eterno el solio,  
cariátides de luz indefinible,  
sostienen por los siglos de los siglos;  
y el coro de Querubes que compite  
con la antorcha del sol.

Por fin, la gloria



de teológico fuego en que se erigen  
 las llamas vivas de inmortal esencia.  
 Cristo al Santo bendice,  
 y así penetra el Serafín de Francia  
 al coro de los Ígneos Serafines (1).

¿Se puede creer que quien ha hecho estos versos tan encendidos de puro y espiritual amor, de *charitas*, haya forjado estrofas tan llameantes de sensualidad como estas que siguen? :

Antes de todo, ¡gloria á ti, Leda!  
 Tu dulce vientre cubrió de seda  
 el Dios. ¡Miel y oro sobre la brisa!  
 Sonaban alternativamente  
 flauta y cristales, Pan y la fuente,  
 ¡tierra era canto; cielo, sonrisa!  
 Ante el celeste, supremo acto,  
 dioses y bestias hicieron pacto.  
 Se dió á la alondra la luz del día,  
 se dió á los buhos sabiduría  
 y melodía al ruseñor.  
 Á los leones fué la victoria,  
 para las águilas toda la gloria,  
 y á las palomas todo el amor... (2)

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, VIII, 93, 94 y 95

(2) *Ibidem: Los Cisnes*, IV, 67. — Nótese de paso la gran maestría con que Rubén Darío utiliza siempre su técnica. Es sorprendente el efecto cuasi mágico que produce aquí este metro decasílabo, con los hemistiquios tan perfectamente separados aun para el oído más rudo (y un hemistiquio bien dividido es siempre uno de los mayores encantos y una de las mayores conquistas de toda buena poesía), de escansión tan exacta y tan musical, y dentro de los cuales cada sílaba tiene una tonalidad tan atractiva y un acento métrico tan marcado, que se podrían ir graduando sus ascensos y descensos con un compás, como un período melódico... Estamos ya en el extremo

De este poeta podrán decir con gloria los siglos futuros, extasiados ante su obra, que, siendo en el fondo un sincero y profundo cristiano, acertó á dar la expresión más pagana posible y el giro de emoción más adecuado á sus líricos pensamientos. Nadie como él ha cantado la gloria de la sensualidad en lo que ésta tiene de más humana y, por consecuencia, en lo que tiene de más divina, siquiera por participación. Conservando los sentimientos fundamentales y representativos del cristianismo, como son la caridad, el concepto ascético de la vida y el amor ó la aspiración al más allá, sabe, sin embargo, sustituirlos á veces, si no con ventaja, al menos de manera que no se advierta su falta, por sentimientos intensamente paganos. Sobre todo el sentimiento ascético de la vida, del cual, no obstante, tiene nostalgias en ocasiones, lo ha suprimido, suplantándole el sentido del erotismo; pero, digámoslo también, del erotismo más vivificante, porque es el más reflexivo. Oid cómo invoca á una paloma en su simbólica composición *Augurios* :

¡Oh paloma!  
 Dame tu profundo encanto  
 de saber arrullar, y tu lascivia  
 en campo tornasol, y en campo

donde la poesía se encuentra con la música y le pide sus recursos; estos versos se pudieran decir al piano como períodos sinfónicos, suprimiendo la letra, y con la letra formarían un bello compuesto, pues como ha dicho con profunda verdad Lichtenberg, «de la unión de la palabra y de la música brotará la imagen más completa de la vida». Claro es que esta conclusión la repudiarán los espíritus groseros y apegados á la vida positiva y sin ideales, cuya representación han llevado á la Historia hombres llamados grandes, como Napoleón, ante el cual decía en el Senado un autorizado portavoz, Fontannes, interpretando sus sentimientos: «Señor: el deseo de la perfección es la más triste enfermedad que haya afligido á la inteligencia humana.»

de luz; tu prodigioso  
ardor en el divino acto (1).

Á cada momento, esta visión del acto sexual, como genuina fuente de vida y de ensueño se sucede en las obras de Rubén Darío. El acto sexual es llamado celeste, divino y con otros apelativos muy exactos, pero que algunos juzgarán disparatados. Ya he manifestado en bien de ocasiones mi firme y acendrada opinión acerca de esto.

\*  
\*\*

¿De qué hablaremos ahora? ¿De las creencias religiosas de nuestro poeta? ¿Le es lícito al crítico de arte penetrar en estas riscosas y abruptas regiones?... Yo no resolveré seguramente la cuestión en sentido afirmativo, porque la duda se me mantiene acá, hesitante y clavada como una saeta que vibra sobre una pared... ¿Es oportuno hacer mención de doctrinas teológicas en una crítica de tendencias artísticas determinadas, trepanar el cerebro de un poeta para descubrirle y examinarle el lóbulo de la religiosidad, como un frenópata, incrédulo en todo, en la religión y en la poesía? Muchos tomarán por sacrilegio lo que es marcado interés hacia un espíritu; otros lo reputarán simplemente curiosidad malsana. Sea como quiera, á riesgo de no satisfacer á ninguno, voy á emprender el dar unas ligeras notaciones sobre las tendencias religiosas de Rubén Darío, al cual, por sus *Prosas profanas*, ¡quién sabe si en remotos tiempos futuros algún erudito de esos torpes en mnemotecnica, que dentro de turbios atolladeros se atascan, atomeciendo la mente del atobado lector, tomará por un modesto y pío salmista de

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, XXIV, pág. 130.

catedral, prebendado docto que topa en el ejercicio de una poesía litúrgica y cuasi de trascoro honesto esparcimiento y fácil expediente para acrecer sin pena su mermada ración y su magro yantar, no menos lírico é imaginativo que las pretensas figuras y encarnaciones de egregios personajes contenidas en sus diacríficos poemas!...

Vivimos en unos tiempos en que Jeremías podría repetir una de sus más amargas y veraces lamentaciones: «Dos delitos cometió mi pueblo: me abandonaron á mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas, cisternas secas, que no pueden contener agua» (1). Estamos en la época de la gran descomposición religiosa; estas cisternas secas de que hablaba el profeta, heridas por los rayos del sol de la orgullosa razón y jamás irrigadas por el rocío bienhechor de la gracia, no pueden cobijar sino materias putrefactas, putrefaciéndolas más. ¿Mandaré Dios algún nuevo Asuero que sea el azote de su furor, *virga furoris mei*, como está dicho en Isaías? ¿Algún nuevo Atila, que nuevamente y con más propiedad sea llamado *el azote de Dios*? Por él clamaba un ilustre escritor francés de estos tiempos, que, comprendiendo su necesidad, y paseando un día por el bosque de Bolonia, se preguntaba perplejo, en realidad interrogándose á sí mismo, aunque aparentase dirigirse á un amigo que con él deambulaba: *Où est donc cet Attila?*... Es la hora del combate entre la luz y las sombras; pero ¿no veis la aurora arrebolarse entre lo ignorado del horizonte? Estamos entre la noche negra; pero ¿quién teme? ¿No sabemos que

... del abismo brota el día,

(1) «*Duo enim mala fecit populus meus: me dereliquerunt fontem aquæ vivæ et fecerunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas.*» (Jeremías, II, 13.)

como nos ha dicho un gran poeta mejicano, á ratos discípulo de Rubén Darío, el original Amado Nervo? Algunos espíritus flojos, cobardes y medrosos se asustan de tac-tear entre la sombra, de caminar como ciegos, y creen lle-gada la hora en que la ingente cerrazón avasalle todo el orbe. Nuestro mismo poeta ha participado de estos temo-res. Oid cómo se expresa uno de estos temerosos profetas: «Grandes cosas están reservadas para el porvenir. Todos los pecados volverán hacia su origen, que es el orgullo, y se concentrarán en su principio, que es el amor de sí mismo. Y el combate será entre la humildad y el orgullo. Y el bien se aproximará al cielo y el mal al infierno. Y volverán á en-contrarse el cielo y el infierno y lucharán otra vez Miguel y Satanás; y la bandera de los hijos de Dios elevará aún escri-tas estas palabras: ¿Quién como Dios? Y el grito de los hijos de Satanás será aún: *Seréis como dioses*. Y todos los malva-dos querrán ser dioses. Y los buenos abrirán sus almas á Dios y él les inspirará con toda la fuerza de su poder. *Y ha llegado ya el principio de estas cosas*: Dios y el demonio se preparan, el mundo espera con ansiedad, la Iglesia con con-fianza; los ángeles en la oración, y Cristo tiene suspendida la cruz sobre el mundo» (1). Otros, en cambio, confían y es-peran una resurrección, producida por la gracia divina. «La Providencia no va á tientes jamás — dice el Conde de Mais-tre; — no agita en vano el mundo; y todo anuncia que cami-namos hacia una gran unidad que debemos saludar desde lejos, para servirme de una expresión religiosa. Estamos dolorosamente molidos; pero si miserables ojos como los míos son dignos de entrever los divinos secretos, estamos molidos (*moulus*) sólo para ser vaciados en el molde (*mou-*

(1) Carlos de Santa Fe: *Libro de los pueblos*, pág. 53.

*lés*)» (1). Para asociar ideas por medio de palabras, ya que hablamos de moler y de vaciar, recojamos unas palabras de San Agustín, en que se habla de aquilatar y poner en el cri-sol la virtud, para acendrarla más: «He aquí precisamente, dice el santo obispo de Hipona (*De civitate Dei*, lib. XX, ca-pítulo VIII, § 2), lo que sucederá en los últimos siglos. La virtud será puesta á prueba, lo mismo que el oro es tanto más puro cuanto más ardiente es el fuego donde se ha tem-plado. ¿Qué somos nosotros en comparación de los santos y de los fieles de los futuros siglos, supuesto que para pro-barlos se soltará el enemigo con el cual, encadenado, ahora peleamos nosotros entre tantos peligros? (*in eorum sanè qui tunc futuri sunt, sanctorum atque fidelium comparatione quid sumus, quandoquidem ad illos probandos tantus solvetur inimi-cus cum quo nos ligato tantis periculis dimicamus?*)» Dios ha prometido no abandonar á su Iglesia; estará con nosotros *usque ad consummationem seculi*. Ya en Isaías se lee: «Oye, pobrecilla, ebria, no de vino (sino de dolor...). Esto dice tu dominador, el Señor tu Dios. He aquí que cogí de tu mano el cáliz del sopor, el fondo del cáliz de mi indignación; no te arrimes á beberlo más. (*Audi, hoc, paupercula, et ebria non à vino. Hoc dicit dominator tuus Dominus et Deus tuus. Ecce tuli de manu tua calicem soporis, fundum calicem indignationis mee; non aijicies ut bibas illum ultra*)» (2). ¿Estamos en es-pera de algún caballero rozagante que se anunciará con son de trompetas y estridor de clarines, y á cuyo estampido caerán las murallas de la ceguera y del error, como en la noble Jericó, cuando Josué puso su planta extramuros? ¿Ó

(1) *Soirées de Saint-Petersbourg*, I, 77.

(2) *Isaías*, LI, 21.

llegaremos á morir de súbito y biotanáticamente (1), sin sorro y sin sacramentos?

Este estado de ánimo de que muchos participamos; esta mezcla de temor y de esperanza, Rubén Darío lo ha plasmado en un fuerte poema de lírico aliento, y el que con más propiedad lleva el título parcial de toda su colección, escrito en tercetos monorrimos (forma métrica que él ha implantado en España con gran éxito, tomándola de Verlaine), donde con insuperable vigor de bardo antiguo expresa sus vacilaciones y sus alientos:

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
Un soplo milenario trae amagos de peste.  
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?  
Se han sabido presagios y prodigios se han visto,  
y parece inminente el retorno de Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo,  
que el soñador imperial meditando  
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra;  
en un pozo de sombra la humanidad se encierra  
con los rudos colosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas, qué esperas  
para tender tu mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida  
sobre tanta alma loca, triste ó empedernida,  
que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

(1) *Biotanatus*: el que muere de muerte violenta, del griego βία θάνατος. Palabra acuñada y troquelada por el noble historiador Elio Lampridio, biógrafo que floreció en tiempo de Constantino y escribió las vidas de Cómodo, Antonino, Heliogábalo y Alejandro Severo. Sus obras se encuentran contenidas en la colección *Historia Augusta Scriptores*.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo.  
Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo;  
ven á traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,  
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.  
Mi corazón será brasa de tu incensario (1).

Leyendo estas potentes estrofas, nadie podrá dudar de que Rubén Darío siente y deplora la presente irreligiosidad, mejor dicho, la absoluta indiferencia con respecto á las cosas del más allá. Aquel dualismo de espíritu expresado en aquellas admirables estrofas, que serán el pasto espiritual de muchas posteriores generaciones:

Entre la catedral y las ruinas paganas  
vuelas, ¡oh Psiquis, oh alma mía!  
— como decía  
aquel celeste Edgardo  
que entró en el Paraíso entre un son de campanas  
y un perfume de nardo —  
entre la catedral  
y las paganas ruinas  
repartes tus dos alas de cristal;

el dualismo expresado en estas maravillosas estrofas queda solventado en cuanto se meditan bien las estrofas del *Canto de esperanza*. Aquí ya ha desaparecido toda huella pagana; el poeta, sintiéndose profundamente cristiano, invoca á Jesucristo para que venga «con temblor de estrellas y horror de cataclismo», empleando una de esas asociaciones de imágenes las más contrarias en que es tan experto y en que nos ha instruído ampliamente, y que, por la ley del contraste,

(1) *Cantos de vida y esperanza*, X; *Canto de esperanza*, páginas 43 y 44.

tan poderosa en el Arte (1) y que tanta preponderancia ha tomado en el arte moderno, producen duplicado efecto. Se siente tan cristiano como un recluso de las catacumbas se hubiera sentido. Clama por Jesucristo liberador como uno de aquellos mártires que iban á pisar la ensangrentada arena del circo. Le pregunta por qué tarda, por qué espera

para tender su mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol sus divinas banderas.

Acentos más sentidos de poesía verdaderamente cristiana no se han oído en la poesía española desde la época de los grandes místicos.

Rubén Darío tiene, pues, el sentido del cristianismo; más aún del catolicismo, no juraría que estrictamente ortodoxo, pero sí seguramente muy amplio y racional. Siente en católico, porque tiene la noción del pecado; comprende cuándo

(1) Refiriéndose estrictamente á la música, había dicho el romántico Berlioz: *La musique ne vit que de contrastes*. El culto pensador y crítico cubano Enrique José Varona, que más tarde había de abandonar las bellas letras por la detestable política, después de haber cultivado la filosofía y la ciencia positiva, escribía en sus verdes mocedades estas palabras, inspiradas en un recto sentido del Arte: «El Arte vive de contrastes. Los apetece en su forma y los necesita en su fondo. Las artes pictóricas no existirían sin el claroscuro (a); la música busca las modulaciones; la retórica tiene sus antítesis; la oratoria, sus periodos; la lírica, sus transiciones; la epopeya, sus episodios; y el drama, manifestación la más completa de las artes, no correría tan lleno de movimiento si el choque de contrapuestos caracteres, pasiones y acontecimientos no fueran impulsándolo más y más al desenlace.» (*Estudios literarios y filosóficos*, 1.<sup>a</sup> parte; *Literatura; El Intermezzo lírico de Heine*, pág. 90.—Habana, 1883.)

(a) En contrario podría aducirse la respetable opinión de Ruskin, explanada en no recuerdo qué obra.

ha delinquido, y tiene sobre todo la idea del arrepentimiento muy arraigada. ¡La noción del pecado! Se ha perdido: esto es lo que caracteriza á nuestra civilización atacada de *mal de siglo*. La noción del pecado se ha perdido y ella es el sostén de toda sociedad bien organizada. Mientras se fornicaba, y se cree que se ha pecado contra la Naturaleza; mientras se odia, y se cree que se ha pecado contra la sociedad; mientras se blasfema, y se cree que se ha pecado contra Dios; — aun queda el consuelo de pensar que el hombre se reconoce y se siente humillado. Pero cuando ya ni la fornicación ni la blasfemia ni el odio hieren el corazón y laceran el alma; cuando se cometen estas acciones con la indiferencia y la total seguridad de los actos ordinarios de la vida, entonces se puede temer por la suerte de la sociedad en que esto ocurre. Esta es la última degeneración y la última ignominia que Dios permite sobre la tierra. Pecar y reconocer que se peca; pecar y sentirse pecador; ¡eso es todavía ser bueno, si se tolera la fuerza paradójica de la expresión! Pero cuando Dios ha consentido que el hombre, llegado al extremo de su miseria, ya no se reconozca y viva tranquilo en medio de su vergüenza, esto es ya indicio de una grave dolencia. Es la dolencia sobre todas las dolencias: la de no reconocerse ninguna. Ser aprensivo será un comienzo de estar enfermo; pero ser completamente desaprensivo estando enfermo, es peor que temer que se esté no estándolo; es el indicio de la más grave y suprema enfermedad; es estar doblemente enfermo... Es no curarse de las llagas que exhalan fetidez... ¡Ah, quien tiene llagas y las siente, y las duele y las llora al palparlas sangrantes y enconadas, aun puede esperar que Dios le sane de ellas algún día!... Pero cuando se desespera de encontrar médico, ¿qué recurso cabe sino hundirse en la abyección para siempre? Es más: cuando no sólo se desespera, sino que voluntariamente se desiste de encontrar quien

nos cure, ¿qué hacer sino arrojarse de bruces en el muladar á revolcarse allí eternamente?... Este es el triste término que á nuestra época espera. ¿Qué otro podría brindarle su perversión? Cuando los hombres se cieguen de grado y no quieran ver sus heridas, es cuando será la hora del Enemigo y del Poder de las Tinieblas. ¡Qué profunda miseria!... Ya hemos llegado á ella; este espectáculo, ¿no nos asusta, no nos horroriza?...

El espíritu divino lo había vaticinado. Llegará el fin del mundo cuando el día de la gran apostasía haya llegado. *Non moveamini... neque terreamini... quasi instet dies Domini... quoniam nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis, qui adversetur et extollitur supra omne quod dicitur Deus* (1). ¿Y cuándo se realizará la gran apostasía sino cuando los hombres lleguen á no abominar de sus maldades? ¿Y no estamos ya en camino de ello, supuesto que no se cree en la validez de las sanciones sobrenaturales? Lo mismo en moral que en religión, vamos hacia la nada. Nuestra época crítica, profundamente nihilista, no dejará tras de sí más que labor de zapa y de destrucción. No es posible otra cosa; la moral, si no es la imposición de un poder superior á nosotros, désele el nombre que se quiera, no es más que una palabra sin sentido. En vano se esfuerza por darle un fundamento filosófico y absoluto el gran Manuel Kant, que, siendo un gran escéptico de la metafísica, tiene en moral la fe del carbonero; y es un creyente allí donde la creencia, una vez eliminada la sanción superior, no tiene motivo, y es absurda porque está fundada sobre una hueca fórmula, modificable según los países y las épocas, por imponernos su imperativo categórico. Su célebre máxima—por otra parte idéntica á un pensamiento del gran Pascal: *Debo*

(1) San Pablo: *Ad Thessalonicenses*, II, 11, 2, 3, 4.

*obrar siempre de tal manera, que mi máxima pueda erigirse en ley universal* (1)—no tiene fundamento racional. Además esta máxima, lejos de contribuir á que el inmoralismo futuro (que sin duda sospechó con su vista de águila el potente filósofo de Koenigsberg) haga fiasco y aborte antes de salir á luz, acelera su advenimiento. Kant comprendió que se acercaban los tiempos en que todo ser pensante se vanagloriase de estar *más allá del bien y del mal*. Entrevió esta época nefasta de disolución, y con su gran perspicacia comprendió que la suya estaba abriendo el camino. Entonces él quiso actuar de facultativo; diagnosticó severamente, y luego se retiró. Porque, en verdad, su confesión de fe en el valor de la moralidad abstracta es como la cobardía filosófica del que no quiere resignarse á admitir clara y rotundamente que no existe ya en el mundo moral alguna. Kant obra aquí como un médico que, después de certificar la existencia de una mortífera peste que cubriera y asolara todo el mundo, se pusiese á clamar: ¡No temáis, apestados! Aunque todo el mundo es un gran hospital..., ¡existe la salud, indudablemente! Hay algo á que se da el nombre de salud; yo os juro que lo hay... De todos modos, con ese razonamiento metafísico nadie se convence de que no está enfermo.

Enfermos estamos; enfermos, pálidos, meditativos, aterrados ante la inconsciencia del Misterio que nos espera. Nos haría falta más que nunca un dictador moral—como á los pueblos débiles ó convalecientes de larga enfermedad les hace falta una fortaleza que supla á la suya, una palanca que les sostenga, un dictador—; y precisamente el criticismo de Kant nos ha encaminado hacia la ruina. Aun su dogmatismo moral es un residuo de criticismo. Si cada hombre puede erigir su norma moral en una ley universal,

(1) *Fundamentos de una metafísica de las costumbres*, sección 1.<sup>a</sup>